



La Mujer y el Amor en Bécquer y en Baudelaire

M^a Del Rosario Delgado Suárez

charini79@hotmail.com

-
1. Las mujeres de Bécquer y Baudelaire.
 2. El universo femenino.

3. La mujer...¿ Ángel o Demonio?

4. El amor, la mujer y el poeta.

RESUMEN: El presente estudio gira en torno al análisis de dos conceptos vitales de la poesía, el amor y la mujer, vistos desde la perspectiva arrolladora y feroz de un poeta destrozado por las noches de alcohol y deseos inconfesables, que inmortaliza tanto a damas imposibles como a conocidas ramerías, y por otro lado, bajo el tamiz etéreo de un poeta que en su soledad y enfermedad sublima a la mujer más cálida como a la más infernal. Parecería descabellado realizar un estudio comparativo entre dos genios a priori distanciados, pero nada más lejos de la realidad, estos dos “Padres del Modernismo” coinciden en puntos vitales y artísticos y es sorprendente comprobar las analogías tanto biográficas como literarias, aunque eso sí, manteniendo cada uno su propio perfil inconfundible. A través de sus versos descubrimos el maravilloso universo que regalan los poetas a sus musas y éstas le conceden el don de la inmortalidad ofreciendo al lector, la bienvenida a las cavernas de estos dos artistas. Desvelamos pues, el alma rota, los versos negros, las musas de luna y el apasionante viaje por los senderos literarios de dos genios que nunca antes estuvieron tan cerca.

1. Las mujeres de Bécquer y Baudelaire.

La obra de Bécquer y Baudelaire gira casi en su totalidad, en torno a la figura de la mujer, ciclos, temática, y dualidades, surgen del amplio universo femenino, y de las relaciones impregnadas de amor y de fatalidad que desencadenan, pero cierto es, que en ambos

autores, la mujer trasciende la mera función de musa inspiradora de todo un corpus literario, es decir, no se conforman únicamente con desempeñar el rol de damas inalcanzables o las simples destinatarias de poemas adulatorios, sino que arrastran al poeta a un torbellino casi místico y desgarrador, a la condena gloriosa de inmortalizarlas en su obra, no se resignan a ser el convidado de piedra o la musa inerte y volátil de unas rimas, son mujeres de piel y sangre que se cruzaron en el camino de la poesía y en el de la vida de nuestros autores. Así pues, la mujer no nace de la poesía, sino que la poesía nace, vibrante y arrolladora, de ellas.

Cuatro fueron las mujeres de Baudelaire, en su vida y en su obra: Sarah, la iniciadora, Jeanne Duval, la mulata arquetípica, Marie Daubraun, la amada idílica, y la presidenta Sabatier, dulce y sofisticada. Claro está, que hubo más, pero sólo éstas pasaron a la posteridad. Indaguemos ahora en sus vidas.

En 1840, Baudelaire comienza a frecuentar los prostíbulos y conoce allí a una ramera judía del barrio latino, llamada Sarah, a la que denomina Louchette, por su bizquera. Mantiene una extraña relación con ella, y posiblemente fue la que le contagio la terrible sífilis al poeta. Es la encarnación de la mujer natural, decadente, abominable, arrastrada por los instintos naturales a las oscuras sendas del deseo, la mujer amada y odiada, la agresiva y dulce “mantis religiosa”, de nuestro poeta. Sin duda alguna la Louchette es el recuerdo vivo de la mujer típica de Baudelaire., A ella le dedica el poema 35 de *Las flores del mal*.

Hasta 1842, no conocerá Baudelaire a una de las mujeres permanentes de la vida del poeta,, su querida Jeanne Duval, una actriz mulata que representaba un papel muy secundario en un Vodebil del teatro Partenón. Mantiene una relación de idas y venidas, Baudelaire conoce a otras mujeres, pero en 1849 vuelve con ella en Dijon, rompiendo posteriormente en 1852, pero ya en 1853 reanuda

su affaire con una Jeanne Duval ya enferma y que acaba de perder a su madre. El poeta le costea incluso los gastos del entierro. De nuevo se distancian, y en 1858 vuelven a vivir juntos, pero en 1859, Jeanne Duval sufre un ataque de parálisis temporal, y ha de ser hospitalizada en el hospicio de Dubois; un año mas tarde, se instalan con ella en Neuilly, en las cercanías de Paris, Jeanne Duval ha quedado hemipléjica lo que hará que en 1861 sea de nuevo hospitalizada. Tres años después de la muerte de Baudelaire, en 1870, será vista la sombra decadente de una joven mulata que se arrastra en dos muletas, por los bulevares de Paris.

Jeanne Duval será la personificación del ser que se agota en su más absoluta animalidad y cuya fortaleza reside en su ausencia de complejidad, y a esta simplicidad de la mujer, se debe el sentimiento de ambivalencia que el autor experimenta hacia ella. A un tiempo, es objeto de su amor y de su odio pero de cualquier forma se encuentra encadenado a ella por círculos indestructibles. Idolatra la inexistencia de un conflicto interno, pero la odia y arremete cuando le imputa la inclinación mas elevada de sí mismo. Baudelaire cita *"La tontería es a menudo el ornamento de la belleza... la idiotez la conservadora de la belleza. Aleja las arrugas; es un cosmético divino que preserva a nuestros ídolos de los mordiscos que el pensamiento nos reserva a nosotros. ¡Viles sabios que somos!"*¹

A Jeanne Duval le dedica los poemas 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 36, 37, 38, 39, 41, 42 y 63. Probablemente inspira también los poemas 57, 58, y 137.

Tanto Jeanne Duval como Sarah, representan *"La virgen Negra"*, emblema nocturno de la feminidad inquietante, quizás inspirado en la *"Nigra Sed Pulchra"* que aparece en la Biblia como símbolo universal de la feminidad.

En 1843 asiduo a los círculos literarios y artísticos, conocerá a Aglae Sabatier, “ la presidenta ”, amante de un banquero, por la que el poeta experimentaría un amor ideal y platónico. En 1852 iniciaría una serie de envíos anónimos de cartas y de poemas a Madame Sabatier que se prolongaría hasta 1857, fecha en la que la dama cede a las pretensiones amorosas del poeta, pero éste la rechaza, aunque siga manteniendo con ella una entrañable amistad. A Sabatier representa para el poeta “*la venus blanca*” que concreta el ideal que purifica y asalta, aunque privando ahora al poeta, del éxtasis de la malsana de la malsana voluptuosidad. Será el cobijo, la calma subsiguiente al castigo y al perdón, que busca descarriado, tras haber saboreado el fruto prohibido. El autor parece rechazar todo goce carnal con la mujer idealizada, con la mujer ángel, por lo que ello supondría una especie de incesto. Ésta es la razón de que cuando Madame Sabatier accede a entregarle su cuerpo, Baudelaire rechace la posibilidad de convertir a su amada en un ser privado de la dimensión espiritual e inaccesible que le es genuina, pero quedara inmortalizada en los poemas 47, 48, 50, 51.

Será en 1847 cuando conoce a Marie Daubraun, una joven hermosa y honesta, actriz en el teatro de la Gaité, que sostiene con su trabajo a su familia. El poeta sentirá por ella un amor platónico, o una amistad idílica. Es otra mujer ángel para el poeta. La doble postulación hacia la pureza el sacrificio, la luz y por otra parte hacia las tinieblas, el dolor, el pecado, y el egoísmo, reserva un lugar especial, ambiguo y muy revelador a la figura de la Madonna, tal y como aparece en el poema “*A una Madonna*”. La Madonna es Maria por ejemplo Marie Daubraun, pero además es la madre por excelencia, cuyo amor es el modelo y la fuente de todo amor. Pero al mismo tiempo, el amor hacia la madre deriva y se convierte en un sentimiento inconfesable: en el texto francés “ Marie ” rima con “ barbarie ”, y este eco siniestro de las palabras construye la ficción.

Baudelaire escribirá otro poema para Marie Daubraun, el poema 61 "*Canto de Otoño*".

La división radical de las mujeres en ángeles o bestias, representan un dramática muestra de la escisión moral que existe entre el bien y el mal, y este dualismo ético es a su vez causante de la imposibilidad e una comunicación humana auténtica y sincera que apacigüe y equilibre al individuo. Sarah y Jeanne Duval representarían a la mujer natural, la mujer que animaliza que arrastraría al hombre al abismo de la brutalidad, ahoga su inteligencia y sus ansias de elevación. El amor carnal, del erotismo condenado, estrangularían los versos del poeta dedicados para ellas.

M. Sabatier y M. Daubraun significan para el poeta la belleza, la paz, el norte y la salvación. Esta belleza es un goce presentido, vislumbrado desde la soledad idealizadora del hombre y que en consecuencia, puede ser revestido de todas las gracias que la imaginación sea capaz de concebir. Serán versos blancos, de amor idealizado y redentor.

Ninguna mujer concreta podía satisfacer las ansias contrapuestas del poeta, lo que explica el sentimiento ambivalente, amor-odio, hacia J. Duval y M. Sabatier. Además interviene la contraposición de la mujer ángel y demonio, no sólo representado en su obra, sino que toma personificaciones vivas, con las que topará Baudelaire a lo largo de su vida, un ejemplo más de que los versos malditos y voluptuosos, nacen de los besos envenenados o puros, de estas grandes mujeres.

Analizando ahora la vida amorosa y las musas de Bécquer, de todos es sabido, que Bécquer es el gran poeta del amor, como afirmaba Altolaquirre: "ningún poeta ha contribuido en más alto grado que él a desarrollar la inteligencia amorosa de los hombres", sin embargo, paradójicamente, Bécquer fue muy desgraciado en el amor; si convocásemos ahora a todas las mujeres que tuvieron mayor

relación con Gustavo Adolfo, ¿de qué podemos inculparlas?. Siendo como cada una fue, todas eran indispensables y cada una asumió su papel en aquel drama, en su vida y en su poesía.

Pero, ¿hasta qué punto son vida y obra, líneas dócilmente paralelas?... Para responder esta cuestión, he confrontado las distintas opiniones de numerosos expertos en el tema, y extraigo mi propia y humilde conclusión, que iré desarrollando a lo largo de este escrito. En el estudio de la obra de Gustavo Adolfo hay dos obstáculos fundamentales: la cronología de las Rimas y a quién van dirigidas las de carácter amoroso. La mayor o menor exactitud en cuanto a las fechas de las Rimas posibilitaría puntualizar la referencia de éstas, a los amores que pasaron por la vida del poeta, es decir, que aunando los datos concretos sobre la gestación del corpus literario y el desarrollo de la vida del poeta podríamos determinar a quién va dedicado cada verso de su erial poético. Nombela, amigo del poeta, señala que las rimas inspiradas en el amor fueron compuestas en 1858 y en 1859, y posteriormente, afirma que fueron gestadas en 1860 y 1861, por lo cual hay una discrepancia de dos años, aunque asegura, que en ningún momento correspondían con el matrimonio con Casta Esteban, el 19 de Mayo de 1861, fecha posterior a la supuesta gestación de las Rimas. También, debemos tener en cuenta, que el manuscrito desapareció en la revolución de Septiembre 1868, tras habérselo entregado Bécquer a González Bravo. La posterior reconstrucción del original fue menos completa y correcta. Por otra parte, tal y como afirma Don José Pedro Díaz², “las fechas de publicación no indican las de composición”. Todos estos inconvenientes hacen ardua la tarea de descifrar la musa inspiradora, pero también cabe recordar, que no debemos caer en el error capital de buscar una estricta biografía en su obra, las Rimas suponen una canalización poética de una vida, el poeta las ha depurado de nombre, fecha, y accidentes individualizadores, hasta quedar unas

notas esenciales y universales. Mi intento será ahora, desentrañar la entramada amorosa de la vida y obra del poeta.

Comencemos por la época sevillana. Se enamoró de Julia Cabrera, ambos adolescentes. Ella amó toda su vida al poeta. Fue un sentimiento puro, lejano, hecho de ensueño y recuerdo. No se malogró la historia, porque no se consumó. De esta época, recuerda Nombela: "preferíamos tener un ideal a tener una novia: el arte y la poesía nos envolvían en un nimbo de castidad inconscientes"³. En "la Mujer de piedra", encontramos una referencia a una novia sevillana, vinculada en el cuento, a la idea de la fuerza irresistible con que le atrae el rostro de la estatua. El tema de la cortina que se levanta temblorosamente, aparece también en " Tres Fechas ", y según palabras del propio poeta: "simboliza el constante vago anhelo de la mujer, su idealización llena de misteriosa vaguedad". Estos amores puros e inocentes, se relacionan con el ideal de mujer de aquella época: la mujer etérea, espíritu intangible, la mujer que no es alcanzable. De esta manera, no es extraño lo que decía Nombela. Y la joven de Santa Clara, había sido olvidada en Madrid.

Superada esta etapa, Bécquer se había enamorado platónica y apasionadamente, de la más hermosa, la más culta y refinada, la más coqueta y seductora...la que hoy nos parece la más becquerianas de todas las mujeres que pasaron por su vida: Julia Espín. La conoció en 1858, cuando paseaba con Julio Nombela, por la calle de la Justa, asomadas dos muchachas al balcón del nº 30, y así lo describe Nombela en sus Memorias: "...dos jóvenes de extraordinaria belleza, diferenciándose únicamente en que la que parecía mayor, escasamente diecisiete o dieciocho años, tenía la expresión de sus ojos y el conjunto de sus facciones algo de celestial. Gustavo se detuvo admirado, al verla, y aunque proseguimos nuestra marcha por la calle de la Flor Alta, no pudo menos de volver varias veces el rostro, extasiándose al contemplarla..." Desde aquel momento, se desencadenaría una pasión arrolladora en el poeta.

Bécquer mantendría ciertas y frías relaciones sociales con ella y su refinado círculo, pero Julia siempre lo trataría con desdén y altivez. Sus amigos tuvieron que intervenir para que se desengañara, y Bécquer, sumido en la tragedia, dejaría de ir a verla. Sería el fin imposible a un amor quijotesco, creado en el ensueño de la imaginación y en su latente pasión.

Nuestro poeta, paladeando hieles y dulzuras, fue desgranando su amor ardoroso y vibrante, en las Rimas, y casi con toda certeza, sería Julia, aquella dama fría que nunca sospecharía ser, la gran musa del más bello y sufrido poemario de amor de la Literatura. Sólo después de muerto, pudo comprobar la propia Julia Espín, el inmenso amor que había inspirado su belleza y su arte lírico, y descubrir que, sin ella, no hubiera existido el más grande poema de amor de la época moderna. Parece ser, que tras el desengaño por Julia, nació de nuevo el amor para el poeta en la figura de Elisa Guillén. Las cartas de Bécquer a Rodríguez Correa, la identifican con “la dama rumbo a Valladolid”. Estas cartas fueron recogidas por F. Iglesias Figueroa⁴, y se sospechaba, que el nombre de Elisa, pudo ser un pseudónimo ficticio de Julia Espín. Sobre esta cuestión hay datos reales y cuestiones literarias que certifican la existencia de Elisa Guillén. Veamos un ejemplo basándonos en la teoría de J. de Entrambasaguas.⁵

*“Para que lo leas con tus ojos grises,
Para que lo cantes con tu clara voz
Para que llenen de emoción tu pecho
Hice mis versos yo.
Para que encuentres en tu pecho asilo
Y los des juventud, vida y calor,
Tres cosas que yo (ya) no puedo darles
Hice mis versos yo.
Para hacerte gozar con mi alegría,
Para que sufras tú con mi dolor,*

*Para que sientas palpar mi vida,
Hice mis versos yo.
Para poder poner ante tus plantas,
La ofrenda de mi vida y de mi amor,
Con alma, sueños rotos, risas, lágrimas,
Hice mis versos yo.”*

1. Elisa no tenía los ojos azules como Julia, sino grises.
2. "Clara voz", palabras inadmisibles dirigidas a una artista de categoría como era Julia Espín.
3. Era una dama más joven que el poeta, lo cual, aleja a Elisa de Julia, que es tan sólo dos años menor que Bécquer.
4. Se desvela una intimidad, incompatible con la discreción de los versos dedicados a Julia.
5. Versos propios para Elisa, para ser cantados.

En todo caso, Bécquer, ya en su desesperanza de conseguir el amor de Julia, se inclinó hacia Elisa, así podía recibir el amor y la ternura acumuladas. La ruptura no tardaría en sobrevenir, acaso debido a la infidelidad amorosa, increíble, lo que no había hecho Julia, lo había llevado a cabo Elisa. El derrumbamiento del poeta debió ser dramático, y también quedó patente este dolor y el posterior rencor, en los versos del poeta.

Después de la catástrofe amorosa del poeta, sus amigos acordaron, que un matrimonio tranquilo, sin apetencias de triunfos artísticos, sería lo más conveniente para el poeta. Sin apenas noviazgo, Bécquer contrajo matrimonio el 19 de Mayo de 1861, con Casta Esteban y Navarro, a quien al parecer, había sido abandonada por su novio, y quiso resolver así la violenta situación. Del matrimonio nacieron tres hijos y se produjo además una ruptura temporal, por

voluntad ajena a los esposos, supuestamente, pues también se cree, que le fue infiel al poeta. Acaso el pronto matrimonio con Casta responde a la agri dulce resignación o al deseo de hallar en ella un refugio sereno, o quizás se vio obligado a un casamiento fugaz, ¿ hasta qué punto sintió Bécquer, sincero y apasionado amor por Casta?, ¿ acaso inmortalizaría Bécquer a Casta, o reservaría la gloria sólo para Julia o Elisa?. No olvidemos tampoco que Casta no fue una mujer de bruma, ni de piedra; fue la madre de sus hijos y posiblemente la destinataria de *Cartas literaria a una mujer*.

¿Julia, Elisa o Casta?... Hay una discrepancia absoluta a la hora de determinar la musa inspiradora de todo el poemario, e incluso, de la asignación concreta de ciertas composiciones a una dama u otra.

Comencemos por el inusitado matrimonio con Casta. ¿Cómo se explica que después de la tragedia amorosa cayera el poeta en un matrimonio fugaz y absurdo? Cejador⁶ dice de Nombela estas palabras: “pensé, sin que el tiempo me haya hecho cambiar de opinión, que no se casó sino que lo casaron”. El rompimiento fue poco antes del matrimonio, testimonio de ello son las cartas de Bécquer a Rodríguez Correa, las Rimas y el casamiento mismo, parecen responder a un movimiento de desesperación. Testimonio de ello son las composiciones de 1859 rima XIII, 1860 rima XV y 1861 rima XXIII, LXI y LXII. Veamos algunos ejemplos:

*“Es muy triste morir joven y no contar
una sola lágrima de mujer”.*

*“ En la oscura noche de mi alma
¿cuándo amanecerá?”*

Autores como Balbín y Roldán, J. de Entrambasaguas, J. P. Díaz, o E. Blasco⁷ y gran parte de la crítica, rechazan a Casta como protagonista amorosa de las Rimas y se decantan por Julia Espín, aunque difieren a la hora de determinar la asignación concreta de

varios poemas a una de estas tres mujeres. La discusión sobre la rima 60 “tu aliento es el aliento de las flores”, atiende a esta problemática. Mientras que Díaz⁸ y Balbín y Roldán⁹ consideran que es la única composición dedicada a Casta, el resto de los autores ya citados, opinan que van dirigidas a Julia Espín, la musa por excelencia. Pero sin duda alguna, el gran defensor de la esposa de Bécquer es Heliodoro Carpiñero¹⁰, que afirma “Casta E. Cruza entre las líneas de bastantes rimas como cruzó entre los días del poeta. Unas veces dulce, riante, enamorada y feliz y otras amarga, sombría, desgraciada y rota. Por eso hay rimas con sol y hay rimas llenas de sombra”. Aludiendo a Julia dice “no hay duda de lo que fue de alguna de ellas, pero no de todas” y sin desvelar la única musa del amor concluye “y aún quedan rimas que, sin duda, fueron inspiradas por otras mujeres. Hasta por mujeres de alabastro”.

Toda esta confusión originada nos imposibilita poner un nombre concreto a la dama poética de Bécquer, la predilecta Julia, la inesperada Elisa o la desterrada Casta, e incluso, cualquier fría estatua de un jardín o la dama escondida tras el balcón, podían haber sido, la musa inspiradora para el poeta. No podemos encontrar pues, biografía o círculos vitales claramente definidos como en Baudelaire, pero lo que sí hay en las Rimas es mucha vida, vida profunda, real y apasionada, porque Bécquer es un poeta en el sentido unamuniano, “un poeta es el que desnuda con el lenguaje rítmico su alma”, y esto fue lo que hizo Gustavo Adolfo.

2. El universo femenino.

La mujer que pintan Bécquer y Baudelaire en sus versos, nunca queda varada en estrictas catalogaciones ni están sometidas a rígidos convencionalismos o prejuicios mediocres, que hagan reprimir la naturaleza instintiva y el carácter, firme y atronador, de estas

damas de humo. De esta manera, trascienden los límites morales y sociales de la época, y manifiestan siempre su naturaleza arrolladora. Ninguno de nuestros autores acuden a estereotipos de la Literatura, ya que vierten sobre ellas, una densa y cromática caracterización, ofreciéndonos pues, un universo femenino, infranqueable y apasionado. Muchas similitudes y diferencias, comparten las mujeres vitales de nuestros poetas, mi intento será señalarlas y establecer una posible relación entre ellas. Lo primero que creo conveniente plantearse, será qué concepto de amor y de relación sentimental, poseen ambos autores, averiguar cuáles son sus actitudes y oscuros deseos y temores enterrados.

Para Gustavo Adolfo, el amor no es una ficción, es siempre “ el más hermoso de mis sueños de adolescente”¹¹. Toda su vida es una dramática búsqueda de la mujer soñada: “ Me cuesta saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido. Mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales. Mi memoria clasifica revueltos nombres y fechas de mujeres y días que han muerto o han pasado, con los días y mujeres que no han existido sino en mi mente”¹². Porque el amor que crecerá en Bécquer, nace de él mismo, de su poesía. Será un amor en que hallará su fin y destino en una mujer inexistente, imposible, etérea, nacida de sus sueños poéticos y convertida en una genial rima. Prueba de esto sería la rima XI. Aquí el poeta no dedica sus versos a una mujer de carne y hueso, incluso llega a contraponer los dos tipos de belleza femenina tradicionales: la morena ardiente y la rubia fría, para superarlas así la dama inalcanzable, intangible , misteriosa... aquella que es sueño mismo en esencia:

*“Yo soy un sueño, un imposible,
vacío fantasma de niebla y luz,
soy incorpórea, intangible;
no puedo amarte” “oh, ven; ven tú”.*

Y llegará el momento espléndido para el poeta, en el que se sentirá invadido hasta en las cavernas de su alma, para acoger el amor, con esperanza renovadora, como luz nueva que ilumine su senda miserable, ya tiene un fin reconocido en su camino de pesares y tristezas, aunque aún no tenga, a su compañera ansiada a su lado. Estos son los pasos primeros de un joven Bécquer deslumbrado por los primeros albores del amor, un Bécquer deseoso y paciente, idealista y triunfador, y siempre romántico:

*“Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborotada.
Oigo flotando en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas;
Mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
¡Es el amor que pasa!”*

Esta concepción idílica, e incluso ingenua, del suceso amoroso, corresponde a la etapa sevillana, de un Bécquer enamorado de “ la joven de la calle Santa Clara”, de aquella silueta femenina, fugaz y misteriosa, que asomaba al balcón. Sería ésta, la musa del poeta, la mujer inalcanzable, volátil, espíritu y no cuerpo, incorpórea pero deliciosamente sugerente. Tras su marcha a Madrid, llegamos a un punto en el cual, Bécquer evoluciona, madura, su amor no es únicamente presentido entre sueños imposibles y sexuales deseos adolescentes, esta vez se enamora, aunque obsesivamente, de una bellísima y altiva mujer, posiblemente de Julia Espín. A partir de este momento, su amada tendría un nombre concreto y un cuerpo, tangible y sedoso... real; así sus composiciones, quedarán teñidas de un erotismo sutil e inédito hasta ahora.

Frente a este amor puramente, y como denomina la crítica, “becqueriano”, frente a la figura de un joven tímido y retraído,

convencido de la belleza y grandiosidad del amor, contrasta la crudeza y decadentismo de un Baudelaire prematuro de diecinueve años, que frecuenta prostíbulos y las noches de alcohol y opio, víctima de una infancia dura y solitaria. Recordemos que vivió traumáticamente el segundo matrimonio de su madre y la estancia en los internados, lo que debió suponer, una honda represión afectiva hasta el punto de anclarle en un estado infantil en plena madurez. De su desgarradora experiencia, reacciona de dos maneras radicales: sublimando la soledad como estado indispensable del genio, del elegido, y proyectar en toda mujer la visión de aquella madre cariñosa que ansiaba abrazar. Este sentimiento, heredado de “Edipo”, generó un profundo dolor, rechazo y distanciamiento en sus relaciones amorosas, y queda claramente expresado en sus poemas. Es un amor que no se puede disfrutar ni poseer.

Esta metamorfosis que sufre su amor se traduce en su horror y gusto hacia la prostitución. De esta manera, frente a la mujer idealizada de Bécquer, contrasta la primera musa baudelariana, una ramera judía bizca, de “triste belleza”. Si la becqueriana era etérea, misteriosa, perfecta, la de Baudelaire era un “cuerpo vendido”, “un cadáver”, “una horrible judía”, “reina de las crueles”¹³. El poeta francés hace alusión a la relación carnal desgarradora, “hubiera besado con furia tu noble cuerpo”, no hay pues, atisbo de candor, ni idealismo, ni la intangibilidad de Bécquer.

A este distinto tratamiento del tema de la mujer amada (y en Baudelaire, a su vez, repudiada), debo señalar un hecho puntual y trascendental, que se manifiesta en ambos poetas, lo cual me supone un comentario anecdótico, interesante y muy curioso. Se trata pues de la dualidad ángel y demonio, la mujer natural frente a la mujer “humana”. Esta contraposición se dará por supuesto en distintas variantes y con el tratamiento completamente singular en cada autor; pero ambos recogen la idea madre, de abarcar esta bipolaridad, en su rico universo femenino.

Por un lado encontramos en la mujer ideal becqueriana, esta doble naturaleza, expresada de la siguiente manera:

1. La mujer como encarnación del espíritu del mal, la que causa con su belleza la perdición del hombre, es la mujer demonio, de naturaleza fantasmagórica, identificada muchas veces con el tema de la ondina que enamora al caballero y le induce a vivir con ella, ocasionándole la muerte. Es el caso de algunas leyendas como “Los ojos verde”, “El beso” y “El rayo de Luna”.

2. La mujer como figura angelical, de belleza pura y casta y a la vez sugerente, será capaz de sacrificarse para salvar a su amado. Aparece por ej. en “La rosa de pasión” y “La cueva de la mora”.

En Baudelaire encontramos esta misma dualidad que emplea Bécquer, pero evoluciona magistralmente y traspasa esta mera bipolaridad, para enriquecer su universo femenino particular. Teniendo en cuenta los aspectos biográficos del autor, la mujer despierta en Baudelaire, un sentimiento de odio y a la vez de deseo. La primera distinción que hace Baudelaire es como la mujer “natural”, abominable, nido de la pasión carnal, que arrastra al hombre, es la encarnación de Satán, pues lo animaliza y degrada. Es “diabólicamente provocadora”, capaz de cometer las acciones más terribles. Aglomera todas las imágenes de la feminidad terrible, las harpías y los monstruos y la crueldad de las furias. Aparece el segundo tipo de mujer que venera, admira, espejo de sensualidad, odalisca de perfumes y vapores que embriaga sutilmente al hombre. Aquí el autor se debate entre el físico de madonna y el de una sensualidad exarcebada, produciendo un enfrentamiento entre su pudor y su sensualidad, tal y como experimentó el propio Baudelaire en su tormentosa existencia.

En relación con esta fatídica dualidad, a Baudelaire le debemos el símbolo de la esfinge atribuido a la mujer y que evoca todo el misterio

que rodea la figura del león y la cabeza humana. Representa esta noble naturaleza de la mujer, animal y ser humano. Baudelaire es el poeta que ha asimilado la esfinge como mujer, la ha utilizado como metáfora de ella. La palabra esfinge, hace surgir la idea de enigma, evoca la esfinge de Edipo: un enigma cargado de coerciones. Jung¹⁴ señala que el símbolo animal es la figura de la libido sexual, y así dice que los antiguos símbolos fálicos eran tanto la serpiente, el pez, el pájaro... La esfinge, constituye pues, el resumen de todos ellos. Para él, es el “animal terrible, derivado de la madre” y ligado al destino incestuoso de Edipo.

Personalmente no creo que Baudelaire creara este símbolo de manera arbitraria. Recordemos que nunca perdonó a su madre por la traición de sus segundas nupcias,

viendo como su padrastro le robaba el cariño de su madre. El complejo de Edipo va más allá de su obra. Veamos aquí unos ejemplos:

*“Adoptan al soñar las nobles actitudes
de las grandes esfinges estiradas en el fondo de las soledades,
que parecen dormirse en un sueño sin fin”.*

“Yo reino en el cielo como una esfinge incomprendida”.

Otra variante del fenómeno dual y de la función mítica de la mujer es la dicotomía cósmica y metafísica de la Venus: **1.** La Venus Libitina, “Venus Morpho”, es la venus infernal de los romanos y abarca la parte más morbosa del libro, la que evoca todo un universo de formas horribles y aterradoras como son las harpías, la judía repulsiva, una carroña, la fría mujer infecunda etc.**2.** La Venus Urania, la venus celestial, símbolo puro y sereno del amor, aparecen las aspiraciones ideales y el amor humano exento de pecado.

Hemos comprobado que esta doble naturaleza de la mujer la comparten tanto la mujer de Bécquer como la de Baudelaire, pero es evidente que la de Baudelaire trasciende la mera línea biunívoca para profundizar y añadir nuevas formas y funciones míticas a la mujer. Esta función mítica se pone de manifiesto, tanto en la descripción del personaje femenino, como en las metáforas que emplea para referirse a ella, Antíope, Diana, Cibele o Citera, que aluden a figuras mitológicas. Sin menospreciar el efecto de esta dicotomía en la obra de Bécquer, Baudelaire, según mi punto de vista, ha sabido explotar y desmembrar esta doble naturaleza femenina con más audacia, amplitud y diversidad. Ha hecho nacer de esta mujer dual los vástagos del deseo, del enigma, del Bien y del Mal. El poeta francés ha partido, pues, de una mera bipolaridad, y ha sabido verter brillantemente, y me aventuro al decirlo, connotaciones teológicas, filosóficas y morales, incluso ha recreado imágenes y símbolos mitológicos factibles para una interpretación freudiana... sorprendente.

Por consiguiente, la dualidad que presenta Baudelaire resulta ser más cromática, más radicalizada y accidentada, mucho más histriónica y expresionista que nuestro Bécquer romántico. Esto se debe a que la mezcla de pureza y de pecado, virginidad y depravación, crea una mayor catarsis, no sólo al lector, sino al propio Baudelaire.

En el próximo capítulo, profundizaré más sobre esta doble característica de la mujer, e intentaré agotar todos los posibles argumentos y cuestiones que surgen de este particular maniqueísmo, para ello será imprescindible acudir a los textos extraídos de la obra.

Reanudo nuestro viaje por el maravilloso universo de Bécquer y Baudelaire; consumido, desde mi punto de vista, el del poeta sevillano, me centraré en el de Baudelaire. He de rescatar dos temas esenciales del panteón de las musas de Baudelaire. Charles

Baudelaire consagra magistralmente el amor heterosexual, pero no decae su pluma, ni pierde atisbo de seguridad y belleza, al recrear el amor lésbico. En ningún momento refrena sus ardorosas palabras, ni sus insinuantes y carnales imágenes, y no por ello se desvanece la belleza, la plasticidad mágica y la sensualidad envolvente:

*“Mis besos son ligeros al igual que esas libélulas
que de noche acarician los lagos transparentes,
pero los de tu amante te marcarán sus surcos
como los de los carros o las rejas cortantes”.*

*“Hipólita, ¡oh mi hermana!, vuélveme, pues, tu rostro,
mi corazón, mi alma, mi todo, y mi mitad
¡vuelve hacia mí tus ojos de azul y estrella llenos!”.*

*“¡Oh bálsamo divino, por sólo una mirada
levantaré los velos de los gozos más turbios
y en un sueño sin fin yo habré de adormecerte!”.*

*“Delfina la comía con sus ojos ardientes
como un fuerte animal que una presa vigila”.*

Para advertir la importancia del amor lésbico en la obra baudeleriana, debo hacer recordar al lector, que en un principio, Baudelaire pensó titular su libro Las Lesbianas, lo cual viene a justificar la especial relevancia que le otorgó el poeta francés al tema, infértil en la Literatura, del amor lésbico, es una prueba más de provocación, modernidad y de actitud transgresora, y quizás también de tolerancia.

*“ Vete a buscar, si quieres, un estúpido novio;
corre a ofrecer un alma virgen a su cruel beso;
y luego, de horror llena, de contrición y lívida,
volverás a traerme tus senos con estigmas...”*

Debo mencionar que Baudelaire no descubrió a las lesbianas para el arte, aunque como ya comenté no era un tema nada recurrente; antes estuvieron Balzac en *Fille aux yeux d'or*, Gautier en *Mademoiselle de Maupin*, y Delatouche en *Fragoletta*.

Volviendo a Baudelaire, en “Mujeres condenadas, Delfina e Hipólita”, Baudelaire lleva a las figuras femeninas a uno de los más grandes y célebres poemas de *Las Flores del Mal*. Baudelaire vuelve a la antigüedad griega y rescata la imagen de la heroína griega, digna y capaz de ser transpuesta a lo moderno. La lesbiana es la heroína de lo moderno. En ella reside una imagen erótica central en Baudelaire, la mujer que habla de dureza y masculinidad, que está relacionada con una imagen histórica, la de la grandeza del Mundo Antiguo. El puesto de la mujer lesbiana es inconfundible en *Las Flores del Mal*, como ya he mencionado anteriormente. En la poesía de Baudelaire, ya citada, se observa una orientación contrapuesta de los poemas lésbicos. Mientras que “Lesbos” es un himno al amor lesbiano, “Delfina e Hipólita” es una condenación, si bien vibrante de lástima de esa pasión. Así se dice en el primer poema y en el segundo:

*“Descended, descended, lamentables víctimas
descended por la senda del infierno eterno”.*

La escisión inverosímil, se explica de esta manera: Mientras que Baudelaire veía a la mujer lesbiana, no como un problema social, problema de disposición natural, podría decirse que como escritor no tomaba posición alguna al respecto, Sólo le reservaba un lugar para ella en la imagen de lo moderno, no la reconocía en la realidad, por eso dice: “Hemos conocido a la mujer-autor filántropo... a la poetisa republicana, poetisa del porvenir, fourierista, o saintsimoniana, y nuestros ojos... no han podido acostumbrarse a todas esas fealdades acompasadas, a todos esos sacrilegios que no son sino malas imitaciones del espíritu masculino.”¹⁵

Personalmente no logro comprender la actitud disonante del poeta: condena el amor lésbico a la vez que lo inmortaliza en su obra, creando, además, brillantes composiciones y ofreciendo al amor lésbico, una porción de eternidad vinculada a su nombre. No, no creo que llegemos nunca a entender esta paradoja. Quizás esta sorprendente reacción se deba a que fue una de las pruebas propuestas que hace su abogado para su defensa en el proceso de *Las Flores del Mal*, recordemos que el libro fue condenado “por ultraje a la moral pública y a las buenas costumbres.” De todas maneras, el “descended, descended, lamentables víctimas” es la última afirmación que Baudelaire grita a la mujer lesbiana, es decir, que la abandona en su hundimiento, es insalvable.

Otro filón de oro de su obra, con un claro perfil social y sincrónico, es la consideración de la mujer como infradandy. Con esta nueva catalogación de la mujer, Baudelaire sitúa a ésta por debajo de aquellos geniales y excéntricos dandys de la época, debido a que permanecen ajenos a su propia actividad artística.

Baudelaire llamaba “mujeres” a los seres humanos (atendamos al valor genérico) que en su época pertenecían en mayor parte al sexo femenino, con lo cual, aquellos hombres que se ocupasen en prácticas tradicionalmente femeninas, es decir, los que se ocupen del aspecto y no del intelecto, pertenecen al género de las mujeres. En este sentido, las mujeres aparecen como infradandys extramORALES que se construyen a sí mismas en riguroso respeto y obediencia de lo que rige el momento, el presente más inmediato. Baudelaire sitúa a las mujeres como meros “escaparates ambulantes” que nunca podrán llegar a ser “obras de arte vivientes”, asumiendo pasivamente su mediocridad. Para mayor disgusto propio, Baudelaire nos habla de la “mujer escaparate”, que ocupa un lugar aún más denigrante que la primera, ya que ésta permanece en la absoluta apatía y animalidad porque carece de cualquier atisbo de grado de construcción artística.

Por tanto, Baudelaire sitúa en el último peldaño, a la mujer como infradandy. Muy diferente es lo que Bécquer consideraba al respecto. Para Bécquer, la mujer era un producto, una recreación de las circunstancias del poeta, y por lo tanto, aspira a ser una proyección de su espíritu, como el paisaje, como la sociedad. Son sus sueños hechos carne, lo que busca y ama. Bécquer nunca condenaría a la mujer a morar en las cloacas de la sociedad sexista y agonizante.

Por último, para finalizar este “surtido de mujeres”, quisiera destacar una protagonista casi indiscutible en su poesía, y que parece contradictorio, que sea el propio Baudelaire, quien le otorgue esa especial relevancia en su cosmología literaria, sobre todo, después de ciertas ofensivas agresivas a la mujer. Quisiera destacar por tanto, el papel casi teocéntrico, de la prostituta. ¿Cómo se explica su afición por el amor comprado?, ¿cómo se entiende su gusto y horror hacia la prostitución?, ¿cómo puede odiar a la prostituta que inmortaliza en su obra?... Arnold Hauser afirma al respecto: “La simpatía por la prostituta, que los decadentes comparten con los románticos, y en la que Baudelaire es intermediario, expresa la relación vedada y culpable con el amor. Desde luego, es sobre todo la expresión de la rebelión contra la sociedad burguesa. La prostituta es la desarraigada y la proscrita, la rebelde que se rebela no sólo contra la forma institucional burguesa del amor, sino también contra la “natural” forma espiritual. Destruye no sólo la organización moral y social del sentimiento, sino también, las bases mismas del sentimiento. Es fría en medio de las tormentas de la pasión, es y se mantiene espectadora por encima de la lujuria que despierta, se siente solitaria y apática cuando otros están arrebatados y embriagados; es, en suma, el doble femenino del artista. De esta comunidad de sentimientos y destino surge la comprensión que los artistas decadentes tienen por ella. Ellos saben bien cómo ellas se prostituyen, cómo vencen sus más sagrados sentimientos y qué baratos venden sus secretos”¹⁶. Hauser sólo explica un aspecto de

esta inclinación de Baudelaire hacia la prostituta, como acto de rebeldía -condenando la moral burguesa, abrazando lo que ésta rechaza- y la identificación del artista con la ramera, en tanto que él consideraba la publicación de su obra como un acto de prostitución. Sin embargo, Hauser no atiende a un conflicto interno de Baudelaire: aquel motivo que le impele a mendigar el amor de una mujer comprada, y a sublimar el hecho mismo de la prostitución. Tengamos en cuenta que para él “copular es aspirar a entrar en otro, y el artista no sale jamás de sí mismo”¹⁷, lo cual negaría nuestra propia individualidad y quedaría unificada en la generalidad, de la que tanto huye el poeta. “El amor es gusto por la prostitución. No existe placer noble que no pueda ser referido a la prostitución”.¹⁸

Si a este planteamiento le añadimos que a Baudelaire el acto sexual le inspiraba horror porque era “natural” y brutal, posiblemente acudiría a aquellos placeres a distancia; era “voyeur” y fetichista, precisamente, porque estos vicios alivian la voluptuosidad del amor, por lo cual no se haría el mal, ya que el mal reside en esta voluptuosidad. Quizás por todas estas razones, comprendía y se relacionaba con las prostitutas. Lo que sí es relevante destacar es el protagonismo, en gran parte de su obra poética, de “la mujer de la calle” y también como integrante de la dualidad maniquea ya comentada.

Sin duda alguna, el autor rechazaba y repudiaba a estas mujeres, pero también fue el compañero de ellas en la soledad de las frías noches parisienses, dejando esparcir juntos sus miedos inconfesables, en el sabor de la piel amarga y del dulce vino. Porque en más de una luna, se tuvieron el uno al otro, cuando ninguno, nada poseía y cuando todo escapaba irrefrenable de ellos. Y en medio de la oscura condena, de la tragedia de sus días, de la estación del tedio, y de la tormenta alienadora que estremecía al poeta... nacían estas damas de la noche, envueltas en sus tristes tinieblas de perdición, pero dispuestas a entregar su envenenado corazón y su

alma rota, para beber con ellas del mismo cáliz maldito que les regalaba, sólo por un momento, los labios del amor... Y Baudelaire lo sabía, y quizás por eso, las hizo, reinas negras de su grandioso universo femenino.

3. La mujer... ¿Ángel o Demonio?

Sería interesante averiguar por qué nuestros dos autores, teniendo dos líneas metódicas tan divergentes, han coincidido en esta misma dualidad, porque no sólo se manifiesta esta dicotomía en su obra, sino que ha marcado una pauta vital en sus propias existencias...

¿Cómo pudo un Bécquer idealista, adorar a una mujer maldita?...
¿Cómo pudo un Baudelaire decadente admirar a un ángel blanco?...

Esta concepción doble de la naturaleza femenina no es nueva en la Literatura, ni en cualquier otra disciplina. En toda la mitología, la mujer siempre ha disfrutado de una notoriedad negativa: por ejemplo, Afrodita es la responsable de la Guerra de Troya, Pandora al igual que Eva representa los pecados del hombre. Pero por otro lado, hay otra mujer importantísima en la religión cristiana, la Virgen María, la Madre por excelencia. Tenemos, pues, a un mismo ser humano representando dos temas muy diferentes y completamente contradictorios, pero no excluyentes. La dualidad presente en todas las mujeres, nos remonta a la tesis, de que todo individuo alberga en su interior, el principio del Bien y del Mal. El individuo se encuentra enfrentado entre el cuerpo y el alma, entablando una lucha entre la razón y los sentimientos. Este dualismo maniqueo de la realidad, se transmuta, y existe como tal porque éste es un mundo donde no hay un cielo sin un infierno, ni noche sin día, coexisten los dos elementos en una constante lucha fratricida por mantenerse imperecederos.

Aplicando esta radicalización en la mujer, ambos autores recogen, herederos de una larga tradición, esta sugerente dicotomía; analicemos pues, cómo acoge y entiende cada poeta, esta caracterización y qué da de sí cada caso. Atenderé a las diferencias y similitudes, en cuanto a los aspectos formales, tópicos, tratamientos y recursos pertinentes etc. Debo advertir también que la composición entre uno y otro no señala en ningún momento el grado de la influencia baudeleriana en la poesía de Bécquer, pues desconozco si ésta misma existió, aunque personalmente, apuesto al menos, por la lectura de Bécquer de la obra francesa.

La mujer ángel

Aunque la atracción hacia la mujer ángel en Baudelaire es menor, observamos que también es gusto de su devoción y objeto de su deseo, así alude el poeta a ella:

-“¡oh reina de las gracias!”.

-“¡Lánguida seductora!”.

-“¡Amable y dulce mujer!”.

*-“Ángel lleno de alegría
ángel lleno de bondad*

*“¡Estrella de mis ojos, sol de mi naturaleza,
tú, mi ángel y mi pasión!”.
ángel lleno de salud
ángel lleno de belleza
ángel lleno de gozo, de alegría y de luces”.*

-“Diosa querida, ser lúcido y puro”

*-“A la muy querida, a la muy bella
que llena mi corazón de claridad,
al ángel, al ídolo inmortal”.*

-“Pobre ángel”.

-“Ángel sapientísimo”.

Observamos ahora cómo Bécquer se refiere a la mujer pura y bondadosa, y cómo, a su vez, entronca con su particular imagen de la mujer ideal: etérea, volátil, inaccesible, pero en su sentido positivo.

-“Una azucena troncada pareces”.

*-“Porque al darte la pureza
de que es símbolo celeste,
como a ella te hizo Dios
de oro y de nieve”.*

*-“Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,
puedo brindarte dichas sin fin
yo de ternura guardo un tesoro”.*

*-“Cendal flotante de leve bruma
rizada cinta de blanca espuma,
rumor sonoro
de arpa de oro,
beso del aura, onda de luz,
eso eres tú”.*

*-“Espíritu sin nombre
indefinible esencia,
yo vivo con la vida
sin formas de la idea”.*

*-“Yo, en fin, soy ese espíritu,
desconocida esencia,
perfume misterioso
del que es vaso el poeta”.*

Intentemos pintarle un rostro a esta mujer. Describamos sus ojos, su cabello, su piel y sus labios. Así ven nuestros poetas a sus musas de carne.

Bécquer

Ojos:

*-“Tus ojos
húmedos resplandecen
como la onda azul en cuya cresta
chispeante el sol hierde”.*

-“Ojos verdes como el mar”.

-“Tu pupila es azul”.

*-“En el arco de sus pestañas rubias brillaban
sus pupilas como dos esmeraldas sujetas
en una joya de oro”.*

*-“Luminosos, transparentes como las gotas de lluvia
que se resbalaban sobre las hojas de los árboles
después de una tempestad de verano”.*

Cabello:

-“Sus cabellos eran como el oro”.

*-“Uno de sus rizos caía sobre sus
hombros, deslizándose entre los pliegues*

del velo como un rayo de sol que atraviesa las nubes”.

Rostro-piel:

-“Era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro”.

-“Es tu mejilla temprana rosa de escarcha cubierta”.

-“Y ella... ella, no hay máscara semejante a su rostro”.

Labios:

-“Tus labios inquietos me parecen relámpagos de grana que serpean sobre un cielo de nieve”.

Baudelaire

Ojos:

-“Ojos dulces como la luna”.

-“Y sus ojos nos revisten con un ropaje de claridad”.

-“Esos ojos llenos de luces”.

-“Ojos fascinantes como los de un lienzo”.

-“Bellos ojos, mezcla de metal y de ágata”.

-“Grandes ojos tan fervientes y tiernos”.

*-“Sus ojos bruñidos están hechos
de minerales encantados”.*

Cabello:

*-“¡Oh melena que cae
ensortijada sobre la espalda!
¡oh bucles!, ¡oh, perfume
cargado de descuido!
¡éxtasis!”.*

-“Tupida cabellera”

*-“Cabellos elásticos
y espesos”.*

-“Casco perfumado”.

Labios:

-“Besos de raso y de lencería”.

-Eran besos poderosos como un bálsamo”.

*-“El elixir de tu boca donde el amor
se ufana”.*

Apreciamos que ambos autores mantienen la misma exquisitez en el lenguaje, refinado y suave. Impregnan el texto con imágenes luminosas y con comparaciones y epítetos que aluden a la belleza de la mujer, fuertemente arraigados en la tradición literaria, pero no por ello pierde el texto, un ápice de frescura.

Para terminar esta primera visualización de la belleza pura y virginal, contemplemos ahora, la descripción del cuerpo, su ropa envolvente y su movimiento ligero.

Bécquer

*-“Vestida con unas ropas que las llegaban hasta las enaguas
y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa
sobre toda ponderación,”.*

*-“Cruza callada, y son sus movimientos
silenciosa armonía
sus pasos y al sonar recuerdan
del himno alado la cadencia rítmica”.*

Baudelaire

*-“De tu cuerpo tan bello
como una tela vacilante,
resplandece tu piel”.*

*-“Y de los vestidos, muselina o terciopelo,
totalmente impregnado de su juventud pura,
se desprendía un perfume de su piel”.*

-“Ritmo dulce, perezoso y lento”.

-“Lentos y armoniosos andares”.

*-“Chapines de raso,
pies de seda”.*

*-“Tu cabeza infantil
se balancea con blandura
de un joven elefante”.*

*-“Su carne espiritual tiene el perfume
de los ángeles”.*

*-“Cuando vas barriendo el aire con tu falda amplia
producen el efecto de un bello navío que se hace a la mar”*

*-“Sobre tu cuello ancho y redondo, sobre tus hombros
carnosos
tu cabeza se pavonea con extraña gracia;
con aire plácido y triunfante
haces tu camino, majestuosa criatura”.*

Comentemos ahora, el tratamiento específico de cada autor, respecto a esta mujer ángel, para ello, creo conveniente recordar, que ambos autores se encuentran entre un Romanticismo rezagado y el pórtico de la poesía modernista; ambos son considerados, figuras precedentes del Modernismo y piezas claves, para su entronque y desarrollo posterior, y esto se deja ver en sus composiciones.

Los dos poetas mantienen un estilo sutil y sosegado, mediante aliteraciones suaves y aterciopeladas palabras. Las diferencias formales entre ellos son leves. Bécquer mantiene una línea más impresionista, y a la vez, más romántica, se observa en una mayor claridad y luz en su “modus operandi”. El texto transmite una sonoridad ondulante, y sus versos parecen pinceladas depuradas de un cromatismo sutil, tangencial y evocador, consiguiendo recrear esa visión etérea, volátil e intangible, gracias a la pureza de sus líneas y a su aparente sencillez. Por otro lado. Baudelaire es más detallista en sus imágenes, hace uso de un vocabulario más preciosista y refinado, y vierte brillos metálicos y nacarados a sus versos. Sus sinestesias y descripciones, rozan una sugerencia más cálida que la becqueriana, y mantiene un estilo impregnado de gasas, perfumes y ligera voluptuosidad.

Por consiguiente, creo que Baudelaire se acerca más a los ropajes del Modernismo que Bécquer.

Antes de ocuparme de la caracterización de la mujer en su forma fatídica y maligna, debo señalar, una posición intermedia que adopta únicamente Baudelaire, fusionando ambas naturalezas opuestas en

la misma piel, es decir, aúna la belleza de la mujer ángel con el deseo irresistible de la mujer infernal, como síntesis irremediable de la mujer natural don la idealizada. Veamos este singular fenómeno en unos ejemplos.

Ojos:

-“Tu mirada infernal y divina”.

-“Contienes en tus ojos el ocaso y la aurora”.

Labios:

*-“Y yo bebía tu aliento, ¡oh dulzura!,
¡oh veneno!”.*

*-“Tus besos son un filtro y tu boca un ánfora
que vuelven cobarde al héroe y valiente al niño”.*

Y otros versos dicen:

-“Un espectro formado de gracia y de resplandor”.

*-“Y en esta naturaleza extraña y simbólica
donde el ángel inviolado se mezcla con la antigua esfinge”.*

-“Ninfa tenebrosa y cálida”.

-“Se despierta un ángel en la bestia adormecida”.

-“¡Es ella!, negra y sin embargo luminosa!”.

*-“¿Qué importa que tú vengas del cielo o del infierno,
¡oh belleza!, ¡monstruo enorme, espantoso, ingenuo!,
si tus ojos, tu sonrisa, tus pies, me abren la puerta
de un Infinito al que amo y nunca he conocido
de Satán o de Dios, ¿qué importa, si tú haces - hada de ojos de*

*terciopelo,
ritmo, perfume, fulgor, oh mi única reina -
menos horrible el universo y menos pesados los instantes?"*

La mujer demonio

La "mujer natural" le provoca a Baudelaire un tormentoso conflicto interior, le horroriza la imagen de ésta, la condena y la rechaza, pero está encadenado a ella por círculos indestructibles y termina arrojado ante ella y venerándola en sus versos malditos. Así evoca Baudelaire a su Venus terrible:

*-“¡Oh bestia implacable y cruel!,
¡hasta esa frialdad por la que me resultas más bella!”.*

*-“Oh mujer, oh reina de los pecados
de ti, vil animal”.*

*-“¡Oh, demonio sin piedad! Viérteme menos fuego
no soy el Estigio para abrazarte nueve veces”.*

-“¡Hermosa bruja!”.

-“Horrible judía”.

-“Reina de las crueles”.

-“Mi bella tenebrosa”.

-“¡Oh, mi querido Belcebú, yo te adoro!”.

-“Extraña deidad”.

-“¡Ay!, no puedo, Megera Libertina”.

*-“Bruja con costados de ébano, criatura de las negras medias
noches”.*

Se aprecia que Baudelaire ha teñido sus versos de la oscuridad decadentista de los poetas malditos. Ha dotado al texto del espíritu trágico y críptico, y su musa es ahora de tenebrosa belleza. Ésta es la negra metamorfosis que sufre su pluma tras abandonar a la mujer ángel.

Este cambio radical no lo sufre del mismo modo. Nuestro poeta sevillano, sublima aún más a la amada, otorgándole un halo de misterio espectral, maligno y de tétricas connotaciones medievales que hacen predecir la tragedia que desencadenará el cumplimiento de sus deseos. De esta manera se refiere Bécquer a la mujer maléfica:

-“El espíritu, trasgo, demonio o mujer que habita en sus aguas tiene los ojos de ese color”.

-“Mujer misteriosa”.

-“No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres.

*Yo vivo en el fondo de estas aguas, incorpórea como
Ellas, fugaz y transparente; hablo con sus rumores y
Ondulo con sus pliegues. Yo no oso al que osa turbar
La fuente donde moro; antes lo premio con mi amor,
Como a un mortal superior a las supersticiones
Del vulgo, como a un amante
Capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso”.*

Recurramos al procedimiento anterior, y comencemos a elaborar el retrato de esta dama maldita.

Baudelaire:

Ojos:

*-“Ojos traidores
brillando a través
de sus lágrimas”*

*-“Enciende tu pupila con la llama de los candelabros
enciende el deseo en las miradas de los místicos”.*

*-“Bruja de ojos seductores
aunque tus cejas malignas
te dan un aire extraño
que no es el de un ángel”*

*-“Sé que hay ojos - los más melancólicos-
que no esconden ni unpreciado secreto;
más vacíos más hondos que vosotros, ¡oh cielos!”.*

*-“Tus ojos son el aljibe donde
beben mis tedios”.*

*-“Esos dos grandes ojos negros,
traslucen de tu alma”.*

-“Oscurecer el resplandor de tus frías pupilas”.

*-“Su mirada profunda y fría, corta y hiere
como un dardo”*

Cabello:

-“Mar de ébano”.

-“Negro océano”.

*-“Cabellos azules, pabellón de
tinieblas encendidas”.*

*-“Mar oloroso y vagabundo de las olas azules
y oscuras”.*

Un dato curioso respecto al color del cabello, y es que las morenas vuelven a estar de moda, conforme avanza el S.XIX. Esta vuelta de los cabellos morenos, se debe a la influencia del exotismo oriental, criollo y andaluz. Así modelos como Jeanne Duval, amante de Baudelaire. La mujer de tez morena, a menudo asimilada a la oriental o a la mujer judía, es más mujer; tal vez por el hecho de desarrollarse a una edad más temprana, se le ha explotado más su sensualidad, a la vez que una animalidad no encontrada en sus respectivas europeas, es el caso de Sarah y J.Duval en Baudelaire. Mientras que en la época romántica, la mujer judía aparece en su sentido más positivo, siempre estará manchada simbólicamente. Para esta mujer como Sarah, el hecho de ser judía, es un refuerzo de sus caracteres femeninos; unas características que el hombre cristiano ve como inquietantes y negativas, y que no son utilizadas, más que como medio para aumentar la feminidad, la sexualidad, es decir, el mal. La mujer judía es la encarnación del misterio, definitivamente.

Aprovechando esta nota aclaratoria, explicaré también la simbología de la serpiente, que veremos en el texto posterior. La serpiente no sólo resalta la sensualidad de la mujer, sino que muestra, según el simbolismo de este animal, su naturaleza maligna y peligrosa.

Cuerpo:

*-“Con sus ropas ondulantes y nacaradas
hasta cuando camina se creería que danza
>como esas largas serpientes que los juglares
en el extremo de sus bastones agitan con cadencia”.*

*-“Elástico lomo
y mi mano se embriaga
de palpar tu eléctrico cuerpo”.*

*-“Al verte caminar con cadencia
bella en tu abandono,
se diría que eres una serpiente
que danza
en el extremo de su bastón”.*

*-“Tus caderas están enamoradas
de tu espalda y de tus senos,
y cautivas a los almohadones
con lánguidas posturas”.*

*-“Tus nobles piernas bajo los volcanes qua van despidiendo,
atormentan y excitan deseos oscuros,
como dos brujas que dan
vueltas a un filtro negro
en una vasija honda”.*

*-“Pondré mis besos sin remordimiento
en tu bello cuerpo bruñido como el cobre”*

En Baudelaire se advierte el sensualismo exacerbado, las bellas y conseguidas imágenes plásticas sobre la voluptuosidad femenina, además cuando el poeta habla de este movimiento contoneante, que tanto se asemeja a la torsión de la serpiente, consigue resaltar toda la libido de este tipo de mujer. Queda impregnado todo el texto, del goce del pecado, del aroma turbulento de los deseos no permitidos, por la moral retraída. Se sublima y se condena el cuerpo amoroso, y se diviniza y arrastra a la musa de ébano.

Vayamos ahora a la caracterización de Bécquer, muy distinta a la de Baudelaire.

En Bécquer, la mujer aparece como referente de belleza, como símbolo soñado de la perfección artística. La mujer como reducto de sueños fatídica y recreaciones, como fugaz y ansia, como forma y anhelo, como ser incorpóreo y divino y que sólo puede rozarse con alas del sueño. La mujer es Eva tentadora o ideal evanescente o diabólico pétalo de pasión o aroma indefinible. Cuando simboliza a lo demoníaco aparece caracterizada con rasgos-: frivolidad, capricho, coquetería. Aunque posee hermosura por ser símbolo o sueño, no suele tener rasgos concretos porque es sombra fugaz, volátil, silueta huidiza de la oscuridad.

Becquer:

Ojos:

-“Una cosa extraña... muy extraña: los ojos de una mujer”.

-“Sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto..., sí porque los ojos de aquella mujer, los ojos que yo tenía clavados en la mente, unos ojos de un color imposible”.

-“No sé, yo creí ver una mirada que se clavó en la mía, una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable; el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos”.

Labios:

*-“Boca de rubíes
purpúrea granada abierta”.*

*-“Al sentir en tus labios
un aliento abrasador”.*

Cuerpo:

-“Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda”.

-“Entre la leve gasa que levantaba el palpitante seno una flor se mecía en compasado y dulce movimiento”.

4. El amor, la mujer y el poeta.

Poco queda ya por decir acerca de la visión, tratamiento literario referente a la mujer en nuestros poetas, pero no debemos olvidar un suceso vital y protagonista en la pasión amorosa, me refiero a la actitud física y al erotismo literario del poeta hacia su amada. Tras la seducción, éste queda embriagado de mil sensaciones sugerentes, pierde la razón ante la visión sublime y magnífica, de una mujer que le incita al encuentro, y cae por fin en los brazos de su amada.

Ambos poetas describen el tacto de la piel ajena, el sabor de sus labios y la belleza sedosa de su pelo, pero a la vez, tanto Bécquer como Baudelaire, difieren formalmente, en el tratamiento estético, la retórica y en la pasión misma.

Bécquer mantiene una línea más suave, blanca, pura y dulcificada que Baudelaire, quizás debido a su mayor atracción por las mujeres inaccesibles y volátiles, que las de carne y hueso; aunque esto, no le impide renunciar a los placeres mundanos del goce del amor. Estas son algunas palabras del poeta: “Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen, los extravagantes hijos de mi fantasía...” y “El insomnio y la fantasía siguen y siguen procreando en monstruoso maridaje”.

Por otro lado, Baudelaire impregna el poema de amor arrebatado, besos encarnecidos, juegos sensuales, erotismo exótico y refinado a

veces, y otras atropelladamente carnal y obvio. Unas veces sublima el cuerpo generoso de la amada y nos muestra un amor irrefrenable y esclavo de los encantos y caprichos de su musa, pero otras veces degrada en mórbidas descripciones, y ataca al cuerpo de la Venus negra, la humilla, y la atracción amorosa queda reducida a un simple acto carnal, incisivo, ardoroso y trágico.

Ya hemos apreciado las diferencias en cuanto a la descripción del cuerpo amado, lo cual nos revela y anticipa las actitudes de cada autor; pero concretemos con algún ejemplo a colación con el erotismo en ambos poetas.

Bécquer:

-“Tu aliento humea y abrasa como el aliento de un volcán. Tu mano, que busca la mía, tiembla como la hoja del árbol. La sangre se agolpa a mi corazón, rebosa en él y enciende mis mejillas”.

-“Dos rojas lenguas de fuego que, a un mismo tronco enlazadas se aproximan, y al besarse forman una sola llama”.

-“Una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve”.

-“Dos jirones de vapor que del lago se levantan, y al juntarse allá en el cielo forman una nube blanca. Dos ideas que al par brotan,

*Dos besos que a un tiempo estallan
Dos ecos que se confunden
Esas son nuestras dos almas”.*

*-“Yo penetro los senos misteriosos
de tu alma de mujer”.*

*-“Entre el disorde estruendo de la orgía,
acarició mi oído”.*

Baudelaire:

*-“Con las piernas al aire, como una mujer lúbrica,
ardiente y sudando los venenos,
abría de un modo negligente y único
su vientre lleno de exhalaciones”.*

*-“El amante jadeando inclinado sobre su bella
parece un moribundo acariciando su tumba”.*

*-“Pues hubiera besado con furia tu noble cuerpo,
y desde tus pies frescos hasta tus negras trenzas
extendido un tesoro de profundas caricias”.*

*-“Entre las partes negras o rosadas
que componen su cuerpo encantador”*

*-“En el lecho, el tronco desnudo enseña sin escrúpulos
con total abandono
el secreto esplendor y la fatal belleza
que la naturaleza le otorgó”*

Sin duda alguna, Baudelaire muestra una expresión más arrebatada y apasionada que Bécquer, sus descripciones son descaradamente atrevidas y concretas, desafiando la moral de la época, mientras que Bécquer desdibuja el cuerpo y los sentimientos libidinosos entre

gasas y sutilezas. Esto no significa que el erotismo de Baudelaire esté más conseguido, simplemente que los tratamientos son distintos, Bécquer se muestra más recatado en sus imágenes sensuales, cromáticas y sugerentes, que escapan de las de Baudelaire, evidentes, detallistas y decoradas, con esto quiero decir, que mientras que Baudelaire evidencia tanto su amor carnal y llega a ser visto como adúltero, viciado y degradado, en Bécquer debemos indagar y rebuscar este erotismo, entre líneas y evocaciones tangenciales. Pero ambos autores coinciden, en mostrar una pureza y brillantez en el lenguaje, un delicioso torbellino de comparaciones, epítetos, metáforas... que aúnan a ambos poetas en una misma estética, como padres del Modernismo que son.

Pero no sólo despierta la musa, ardorosos sentimientos en el poeta, muchas otras veces, esta dama que otrora era la fuente del placer para nuestros poetas, se convierte en la mujer fría y despiadada que arranca el corazón vibrante y sufrido. Veamos el amor-dolor en Bécquer y en Baudelaire.

Bécquer:

-“¿Sabes tú lo que más amo en este mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dio la vida y todo el cariño que pueden atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¡Mira cómo podré yo dejar de buscarlos!”

-“Dime, mujer: cuando el amor se olvida, ¿sabes tú a dónde va?”.

-“Te quiero tanto aún, dejó en mi pecho tu amor huellas tan ondas, que sólo con que tú borrases una, ¡las borraría yo todas!”.

-“Nuestra pasión fue un trágico sainete”.

*-“Pero lo peor de aquella historia
que al fin de la jornada
a ella tocaron lágrimas y risas
y a mí, sólo las lágrimas”.*

*-“Yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo
amarte, si eres una mujer...”*

*-“Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas”.*

*-“Pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... desengáñate,
así... ¡no te querrán!*

Baudelaire:

*-“Deja que mi corazón se embriague con una mentira
que se sumerja en tus bellos ojos como en un bello sueño,
y que dormirte largo tiempo a la sombra de tus pestañas”.*

*-“Tu mano se desliza en vano por mi pecho que desvanece;
lo que ella busca, amiga, es, un lugar destrozado
por la garra y el diente feroz de la mujer.
No busques más mi corazón; se lo han comido las bestias”.*

*-“Me destrozas, morena mía,
con una risa burlona
y luego pones en mi corazón
tus ojos dulces como la luna”.*

-“Lo irreparable roe con sus dientes malditos nuestra alma”.

Por un lado, Baudelaire se muestra más impetuoso y exaltado, un dolor que parece más violento y demente, nacido de un paroxismo perturbador, mientras que Bécquer, no es que su vehemencia sea más flemática, sino que muestra un dolor más profundo, más intimista, más poético, quizás sea incluso más desgarrador que el de Baudelaire, pero Bécquer revela una "serenidad" inusual, en ese tormento que se le avecina, mientras que Baudelaire, ensangrienta el texto con las gotas derramadas de un corazón apuñalado. Quizás se deba esto, a que Bécquer explica su rechazo, acogándose a la crueldad del Destino, del Amor que desde ese primer momento, fue culpable, se siente mas bien, víctima del fatum que del propio amor o de la propia musa, es por así decirlo, más existencial que Baudelaire, que sin embargo concreta su dolor en los besos envenenados y en la frialdad de una dama altanera, que decide abandonarlo en las sombras de la soledad.

Pero ambos poetas, a expensas del torbellino vital que separa a uno y otro, fueron víctimas y cómplices de un amor imposible, de un ideal, de un sueño y de una misma angustia, arrojados por los latidos escarlatas, crearon una poesía brillante, audaz y sensual, novedosa y muy particular que se distanciaba de los ropajes gastados de la época, y que los coronaban como precursores de una respuesta creadora a las exigencias artísticas del momento. Nuestros poetas se perdieron en un universo cromático de sedas y tules, de perfumes y aceites, de terciopelo y piel, pero también de vino y soledad, de sensualidad y erotismo, de metáforas y de descaradas descripciones, y de cromatismo y sinestesias. Bécquer y Baudelaire afinaron su pluma y extrajeron del corazón, encendido y sombrío, sus emociones más grandiosas y decadentes, para crear unos versos que regalaron por completo a sus damas negras.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. , De Entrambasaguas, J. , “*La posible discriminación erótica de las Rimas de Bécquer*”, en *Estudios sobre Gustavo Adolfo Bécquer*, Madrid, 1972.

AA.VV., García Viñó, M. , “*La mujer en las Leyendas de Bécquer*”, en *Estudios sobre Gustavo Adolfo Bécquer*, Madrid, 1972.

- Baudelaire, Ch. , *Las Flores Del Mal*, Madrid, M. E. Editores, 1995.

- Baudelaire, Ch. , *Las Flores del Mal*, Madrid, ed. Cátedra, 1994.

- Baudelaire, Ch., *Les Fleurs du Mal*, Paris, Maxi-Livres édition, 2002.

- Bécquer, G. A. , *Rimas*, Madrid, 1998.

- Benjamín, W. , *Poesía y Capitalismo*, Madrid, ed. Taurus, 1980.

- Blasco, E. , *Mis Contemporáneos*, Madrid, 1886

- Bueno Alonso, J. , *Imágenes de Mujer*, Universidad de Alicante, 1996.

- Carpintero, H. , *Bécquer de par en par*, Madrid, Ínsula, 1972.

- Díaz, J.P. , *G.A.B. : Vida y Poesía*, Madrid, 3ªed. Gredos, 1971.

- Rica Brown, *Bécquer*, Barcelona, ed. Aedos, 1963.

Notas:

- [1] *Selección de máximas consoladoras sobre el amor*, “Le Corsairesaton”, 1846. Recogido por R. Hervás en “Baudelaire”, incluido en la ed. de *Las Flores del Mal*, ed. 29, Libros Río Nuevo, Barcelona, 1974, p.15.
- [2] *Gustavo Adolfo Bécquer, Vida y Poesía*, 2ª ed. Madrid, 1964, p.338.
- [3] Díaz, 41-42.
- [4] “La mujer que inspiró a Bécquer Las Rimas” en *La Voz de Madrid*, Enero 1926.
- [5] “La posible discriminación erótica en las Rimas de Bécquer”, en *Estudios de Gustavo Adolfo Bécquer*, Madrid, 1972.
- [6] *Hª de la Lengua y de la Literatura castellana*, Tomo VII, p.210.
- [7] *Mis Contemporáneos*, Madrid, 1886.
- [8] Op.cit.
- [9] *Rimas y Prosas de Gustavo Adolfo Bécquer*, Madrid, 1968.
- [10] *Bécquer de par en par*, Ínsulas, Madrid, 1972, p.200.
- [11] Bécquer, Junio 1868.
- [12] Idem.
- [13] Poema 35 de *Las Flores del Mal*.
- [14] *Arquetipos e Inconsciente colectivo*, Barcelona, Méjico, ed. Paridós, 1988.
- [15] Cit. Millard, *La Légende de la femme emancipée*, II, p.534.

[16] *Hª social de la Literatura y el Arte*, vol.3, Barcelona, 1980, p.219.

[17] Cit. Sartrè, *El arte romántico: El pintor de la vida moderna*, p.51.

[18] *Mi corazón al desnudo*, p.15.

Mª Del Rosario Delgado Suárez. Licenciada en Filología Hispánica (Universidad de Cádiz). Programa de Doctorado de “Investigaciones Filológicas” de la Universidad de Cádiz y del Programa de Doctorado “Etudes Romanes” de la Universidad Paris IV Sorbona. Pertenece al Grupo de Investigación del Departamento de Románica de la Universidad de Cádiz.

© 2005

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

